



MCLUHAN: FILOSOFIA Y TECNOLOGIA

por
ENRIQUE SAEZ*

ANALISIS DE LA SENTENCIA "EL MEDIO ES EL MENSAJE"

La identificación que lleva a cabo McLuhan entre los conceptos de *medio* y *tecnología* tiene su fundamento primordial en el hecho que el autor no solamente se remite a los llamados *medios de comunicación de masas*, tal como se ha realizado tradicionalmente, sino que incorpora a todas las tecnologías creadas por el hombre, desde los inicios de la cultura humana, a la categoría de *medios*. De esta forma, puede sostenerse que las tecnologías en su conjunto son medios de los cuales se sirve el hombre para obtener un manejo o control, generalmente relativo, de los ambientes natural y cultural en los que se desarrolla.

McLuhan define a los medios en los siguientes términos: *Todos los medios son prolongaciones de alguna facultad humana, psíquica o física (El medio es el masaje, p. 26)*. Dicho en

otras palabras, el hombre se prolonga y se extiende a través de los diversos medios, se proyecta fuera de sí mismo en tanto tecnología, estableciendo su ser en el espacio y en el tiempo. El hombre se prolonga físicamente, por ejemplo, en tecnologías tales como la rueda, el rifle, la casa, la autopista. La prolongación psíquica del hombre se explicita a través de la palabra hablada, la cual como tal cumple la función de extender nuestro pensamiento en tanto facultad humana. A su vez, la palabra hablada se grafica con la escritura y luego con la imprenta, en la dimensión mecánica o tipográfica, y se expresa además en la dimensión eléctrica con medios tales como el telégrafo, el teléfono y la radio, por mencionar sólo algunos.

TIPOS Y CARACTERISTICAS GENERALES DE LOS MEDIOS

El autor distingue dicotómicamente dos tipos de medios: aquellos que llama *cálidos* y los que denomina *fríos*. Un medio cálido

*Licenciado en Filosofía, Profesor de la Universidad de Chile.

cumple la función de ampliar un solo sentido en una alta definición (Cfr., *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, p. 46), esto es, proporciona un conjunto conexo de datos ampliamente significativos, proveyendo a los receptores de una información total, prefigurada con anterioridad y que posee la característica básica de la completitud. Todo este cúmulo informativo se halla dirigido, en el caso de los medios cálidos, a uno de los sentidos en forma preferencial, escindiendo a éste de los restantes sentidos que posee el hombre. Un medio cálido es, en consecuencia, un medio destacador. McLuhan determina como medios cálidos a la radio, al cine y al libro impreso entre otros, todos los cuales poseen una definición elevada.

A diferencia de lo expresado con anterioridad, los medios fríos son de una baja definición o intensidad, la información que entregan no es total sino fragmentaria, debido a lo cual quien recibe el mensaje se ve en la obligación de rellenarlo o completarlo, con el objeto de propender a un sentido más global y configurador de aquel que le suministran las tecnologías de esta especie. Medios fríos, de acuerdo al entendido macluhiano son, por ejemplo, el teléfono, la caricatura, la televisión y la palabra hablada, los que de por sí incitan al receptor humano a tener una participación más acabada y comprometida.

La distinción de las tecnologías en cálidas y frías pone al descubierto y, a simple vista, una relación inversa entre la alta definición y la participación: mientras un medio sustenta una alta definición, requiere de una participación baja o casi nula por parte del receptor, en tanto que un medio de baja definición solicita del sujeto una participación elevada y casi exclusiva (Cfr., *op. cit.*, p. 389). Al respecto puede citarse un texto de McLuhan que resulta clarificador en lo que concierne a la participación o implicación que se explicita en los medios fríos: *Con la imprenta la vida privada pasó a ser de importancia primordial para los lectores. La imprenta es un medio cálido. Proyecta al autor hacia el público tal como lo hizo el cine. El manuscrito es un medio frío que no proyecta al autor tanto como para que implique en*

él al lector. Lo mismo sucede con la televisión. El espectador queda implicado y es participante (op. cit., p. 389).

Una de las características esenciales de los medios, tanto cálidos como fríos, es la de ser metáforas activas, por cuanto son capaces de traducir la experiencia en los más variados planos a nuevas formas de captación de la realidad (Cfr., *op. cit.*, p. 87). Para comprender el carácter metafórico que McLuhan le asigna a los medios es preciso remitirse a la etimología de la palabra *metáfora*. Ella se compone de la raíz *meta*, que se traduce al español como *más allá* o *más lejos* y, de otra parte, el verbo griego *feréin*, que en nuestro idioma se entiende como *llevar* o *portar*. La metáfora así comprendida consiste en un *llevar más allá* algo, en un traspasar un objeto cualquiera desde una situación a otra diferente. Tal acepción de la palabra *metáfora* se puede encontrar ya en los libros substanciales de la *Poética* de Aristóteles, en los que la metáfora queda definida como una *traslación de sentido*. En consecuencia, lo que hacen los medios —por animista que este planteamiento resulte— es ir más allá de la experiencia concreta de la realidad para *re-presentarnos* a ésta con una nueva forma, con otro ropaje, sea a través del lenguaje, del sonido o de la imagen, considerados aislada y conjuntamente.

Cuando el hombre accedió a la forma del lenguaje estructurado y formal tradujo la realidad de la naturaleza que lo rodeaba en un conjunto sistemático de conceptos y definiciones, comenzando a diferenciar entre el árbol real y el concepto de *árbol*, con la consiguiente pérdida de riqueza de las particularidades que con-lleva en-sí mismo todo concepto. Así, desde la perspectiva de los medios, la palabra hablada se constituyó en la primera gran metáfora de la cultura humana y, por lo mismo, en el primer vehículo de homogeneidad para hacer inteligible la experiencia mítica del mundo.

Conviene destacar, a continuación, una consecuencia fundamental que trae consigo toda tecnología; se trata de la generación o

creación de ambientes propios y, en más de algún sentido, únicos. En uno de los párrafos de *El medio es el mensaje*, el autor se refiere al problema en los siguientes términos: *Los ambientes no constituyen envolturas pasivas sino, más bien, procesos activos invisibles. Las reglas fundamentales, la estructura penetrante y los patrones generales de los ambientes aluden la percepción fácil* (p. 68). Se puede clarificar esta referencia algo oscura de McLuhan con un planteamiento de este tipo: cada tecnología, por insignificante que pueda parecer a simple vista, crea un ambiente o atmósfera determinada; dicho ambiente a su vez posee una dinámica propia que actúa sobre los hombres, pero, por otra parte, los efectos que provoca en la sociedad y en los individuos no pueden ser percibidos con claridad y distinción. Cuando McLuhan sostiene en otras partes de su obra que los ambientes son invisibles, está queriendo expresar que los ambientes generados por los medios *están* influyendo y condicionando el hacer y pensar humanos, pero que a pesar de ello el hombre no tiene una visión inmediata y total a la vez de los efectos del propio ambiente.

Desde esta perspectiva, no resulta para nada extraño que en el presente siglo comiencen a efectuarse las primeras investigaciones sobre la tecnología de la imprenta y sus efectos sociales como psicológicos, a pesar de que han transcurrido quinientos años y algo más del invento de Gutenberg. Esta situación se conecta directamente con el pensamiento de McLuhan, en el sentido que los hombres toman conciencia de un ambiente determinado cuando se produce la irrupción de nuevas tecnologías, las cuales explicitan ambientes totalmente nuevos, es decir, cuando los viejos ambientes son desplazados (Cfr., *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, p. 15). Así, cuando el telégrafo, el teléfono y la radio estaban en su máximo apogeo y, de otro lado comenzaba la universalización de la televisión, se inician los estudios en profundidad sobre el ambiente mecánico de la tipografía. De esta forma, la conciencia humana penetró el ambiente tipográfico solamente cuando estuvo en posesión de un ambiente nuevo, eléctrico por

definición, gestado por los modernos medios de comunicación y por las tecnologías eléctricas en general.

La estrecha relación existente entre las tecnologías de una parte y los ambientes de otra, la especifica McLuhan en las líneas que siguen: *...cualquier tecnología va creando, paulatinamente, un ambiente humano totalmente nuevo. (...) En la época de Platón, la palabra escrita había ya creado un ambiente nuevo que comenzaba a destribalizar al hombre. (...) Con el alfabético fonético, el saber clasificado pasó a ocupar el lugar del saber operante de Homero y Hesíodo. (...) Sin embargo, ahora, en la era electrónica, la clasificación de datos proporciona un reconocimiento de pautas, que es la frase clave de la IBM* (op. cit., p. 13). En efecto, las tecnologías y sus respectivos ambientes no solamente han suscitado cambios superficiales en los aspectos humanos y culturales, sino por el contrario tales cambios han sido profundos, determinando, incluso, la forma en que el propio saber o conocimiento se manifiesta en la historia. Es así como el hombre pasa desde un saber operante y absolutamente práctico, casi táctil por utilizar una imagen, a un saber clasificado conceptualmente y cuyas funciones se encontraban claramente especificadas, hasta que en nuestro tiempo se tiende al reconocimiento de pautas y se evita, consecuentemente, la especialización y fragmentación excesivas que resultan consubstanciales a toda clasificación analítica.

Por último, con el objetivo de lograr una comprensión más acabada respecto del concepto macluhiano de *ambiente*, resulta de un interés evidente aludir al proceso de transición desde un ambiente hacia otro. La aparición del ambiente eléctrico —que nos domina— no significa la eliminación total y violenta del ambiente tipográfico, sino más bien subraya la inutilidad y precariedad de este último. En nuestro tiempo, el ambiente eléctrico le ha otorgado al precedente la categoría de arte (Cfr., op. cit., p. 14), haciendo del libro por ejemplo un objeto de colección que cada vez se lee menos, pero que se atesora celosamente como nunca. La exaltación casi fanática del libro como valor cultural de pri-

mer orden y la crítica simultánea de los medios eléctricos como la televisión, se puede sostener que constituye una constante de las sociedades contemporáneas, además de poner en evidencia el fenómeno transicional desde lo mecánico hacia lo eléctrico.

¿Cómo combatir de un modo más efectivo el ambiente creado por las tecnologías eléctricas? Al parecer, el único canal concreto para que el hombre demuestre su desagrado frente a las consecuencias de la televisión y de la comunicación mundial estructurada por los satélites, es el arte de vanguardia o arte pop, en el cual hay una crítica explícita y bastante generalizada contra la atmósfera tecnológica y cultural que se respira diariamente. Tales manifestaciones son calificadas por McLuhan como *antiambientales* y han tenido un desarrollo profuso en Inglaterra, Estados Unidos de América, Alemania Federal y Francia. En unas páginas de *El medio es el masaje*, el autor sostiene: *El arte es todo lo que usted puede hacer* (pp. 132-136).

Para finalizar esta caracterización general de los medios o tecnologías es necesario subrayar que cada tecnología, por el hecho de producir un ambiente determinado y excluyente, provoca a su vez una saturación global respecto del individuo, de las instituciones y del sistema social. Esta impregnación total que logran los medios, con la consecuente pérdida de identidad de los individuos afectados por ellos y, además, con la generación de una suerte de uniformidad o de continuidad en sentido filosófico, fue analizada profundamente por Martin Heidegger, en su obra capital *Ser y Tiempo*, publicada en 1927. En ella, el pensador alemán se refiere a los *medios públicos de comunicación* como aquel poder de unificación donde las diferencias se anulan completamente, estableciéndose la dictadura de lo uno (Cfr., párrafo 27, p. 143), esto es, un ambiente que sobrepasa las simples individualidades humanas para erigirse en la universalidad absoluta. McLuhan reafirma algo similar cuarenta años después: *Todos los medios nos vapulean silenciosamente. Son tan penetrantes en sus consecuencias personales, políticas, económicas, estéti-*

cas, psicológicas, morales, éticas y sociales, que no dejan parte alguna de nuestra persona intacta, inalterada, sin modificar (El medio es el masaje, p. 26. Cfr., además, *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, p. 222).

DETERMINACION ESENCIAL DE LAS PROLONGACIONES DEL HOMBRE

Al comienzo de esta investigación se sostiene que todos los medios son prolongaciones del hombre, tanto en el ámbito psíquico como físico. A pesar de ello, parece absolutamente imprescindible detenerse en la noción de *prolongación*, con el objeto de evitar en lo posible un entendimiento medio o de mero sentido común en relación al problema.

Si bien es efectivo que las prolongaciones son extensiones, extraversiones del hombre en el mundo o, en última instancia, enajenaciones, en términos más específicos la prolongación es una ampliación (Cfr., *op. cit.*, p. 216) y, en este sentido, consiste en una proyección continua de alguna facultad humana en el medio externo. Cuando McLuhan establece que las prolongaciones del hombre son en sentido propio ampliaciones, se ha de pensar en un continuo entre lo interior y lo exterior, entre una facultad humana cualquiera y la tecnología particular que la está ampliando o desarrollando. Por consiguiente, y esto es lo importante, no hay una escisión entre las potencias del hombre de una parte y las tecnologías de otra, puesto que ambas se complementan recíprocamente.

De acuerdo al mismo autor, las ampliaciones pueden ser de tres tipos fundamentales: de un órgano, de un sentido o de una función particular del sistema nervioso central. La noción de *ampliación* que se introduce en este punto encuentra una confirmación en el siguiente texto: *La mayoría de las tecnologías producen una ampliación que queda muy explícita en su separación de los sentidos. La radio es una*

prolongación de la fotografía auricular y de alta fidelidad de lo visual. Pero la televisión es, por encima de todo, una prolongación del sentido del tacto que implica la máxima acción recíproca de todos los sentidos (op. cit., p. 407). Efectivamente, las diversas tecnologías amplían preferencialmente uno de los sentidos por encima de los restantes, como sucede con la vista respecto del libro y con la palabra hablada respecto de la radio. En cambio, en el caso de la televisión, el hombre amplía mosaicalmente su sensibilidad, agrupando simultáneamente sentidos y sensaciones, y creando fuera de sí un modelo del propio sistema nervioso central (Cfr., *op. cit.*, p. 71).

En el texto que se comenta hay, por otro lado, la alusión a un tópico básico para comprender el pensamiento de McLuhan. Se trata de la disociación de la sensibilidad provocada especialmente por las tecnologías mecánicas y por las primeras tecnologías eléctricas inclusive. La *Disociación de la sensibilidad*, concepto que McLuhan toma del poeta anglo-norteamericano T.S. Eliot, consiste en la exclusión mutua de los sentidos del hombre a causa de la primacía de uno de ellos por sobre los demás. Este fenómeno radical encuentra su máxima expresión con las apariciones del libro y de la imprenta de tipos móviles, medios ambos que destacan esencialmente la función visual en el individuo e hipertrofian consiguientemente las funciones auditivas y táctiles entre las más relevantes. Por lo mismo, no es extraño que McLuhan afirme, en *El Medio es el mensaje*, que con el alfabeto fonético *al hombre le cambiaron un ojo por un oído* (p. 44), explicitando de esta forma gráfica lo que es la división sensoria.

Algunos ejemplos bastante típicos de prolongaciones, que conviene destacar con una finalidad meramente pedagógica, son entre muchos: la rueda es una prolongación del pie; el libro es una prolongación del ojo; la ropa es una ampliación de la piel y el circuito eléctrico constituye una prolongación del sistema nervioso central (Cfr., *El medio es el mensaje*, pp. 30-40).

CARACTERISTICAS Y CONSECUENCIAS DE PROLONGACIONES TECNOLOGICAS DIVERGENTES: MECANICAS Y ELECTRICAS

Alfabeto fonético y escritura

Es sin duda algo de suyo correcto el sostener que con la introducción del alfabeto fonético en la antigua cultura occidental se sentaron las bases de la primera mecanización cuasi-homogénea de la actividad humana, con el desplazamiento consiguiente del habla en tanto forma de comunicación vital y clásica entre los hombres. Si la palabra hablada poseía como características fundamentales el ser un vehículo rápido de expresión, tanto de sentimientos como de ideas, y, por otro lado, era profundamente implicante, con la palabra escrita dicho movimiento se detiene ostensiblemente y se disminuye en un alto grado la participación que requería la comunicación hablada. A la vitalidad del habla, el alfabeto fonético contrapone el principio de secuencia en la comunicación, de tal forma que se produce una estructuración lógico-gramatical en el discurso humano. Con este fenómeno, simple en apariencia, el hombre de la antigüedad dio un salto desde el diálogo al monólogo, desde el pensamiento compartido al pensamiento riguroso y sistemático, transformándose a sí mismo en la medida de todas las cosas, al decir del sofista Protágoras.

Otra consecuencia del establecimiento de la escritura consiste en la división de las facultades del hombre en psíquicas y físicas y, lo que es más problemático, escinde igualmente la dimensión psíquica como física al interior de las mismas. Esto es, no sólo se distingue entre la conciencia y los órganos del cuerpo, sino que la conciencia (particular) se diferencia de la conciencia colectiva, y en cuanto a los órganos del cuerpo se delimitan con precisión las funciones específicas de cada uno. De acuerdo a lo sostenido, entonces, la escritura indujo una distinción en ca-

dena del hombre, cada vez más progresiva y especializada. La escritura no prolonga, y esto es lo definitivo para McLuhan (Cfr., *op. cit.*, p. 110), la conciencia colectiva y difusa del hombre primitivo, sino que es una técnica de ampliación de la conciencia humana, considerada singularmente. Así, la intuición primaria y caótica es reemplazada por el concepto claro y distinto, el misticismo y la irracionalidad por los primeros principios lógicos y la estructura silogística. O dicho con las palabras del autor: *El alfabeto fonético es una tecnología única. (...) Sólo el alfabeto fonético establece una división tan tajante en cuanto a experiencia, dándole a quien lo emplea un ojo a cambio de un oído y liberándole del trance tribal de la magia resonante de la palabra* (*op. cit.*, p. 115).

Otro efecto de la escritura que, al igual que los anteriormente mencionados, será fundamental para comprender las consecuencias del ambiente tipográfico, dice relación con la posibilidad casi nula de reacción por parte de quien lee un manuscrito o libro (Cfr., *op. cit.*, 109). La escritura atrofia la capacidad reactiva del lector por cuanto es una reacción aislada y que exige del escritor una especialización excesiva, todo lo cual obliga a éste a proporcionar un discurso no solamente coherente, sino fundamentado en todas sus partes. En estas condiciones, quien recibe el mensaje del autor se limita a leerlo, asimilándolo como si se tratase de un patrón fijo y único. Por ello cabe señalar que la escritura diluyó la reacción participativa de los receptores, reduciéndola a lo más a fenómenos como la admiración o la perplejidad, los que de por sí no son substantivos.

Sin embargo, debido a que el manuscrito y los primeros libros impresos no se restringieron al proceso de producción en serie y de suyo masificado, el cual aparece solamente en el siglo xv, el hombre antiguo y medieval hubieron de conformarse con la lectura en voz alta de un escrito cualquiera (Cfr., *op. cit.*, p. 201). McLuhan no considera esta situación como un obstáculo, sino por el contrario como un factor altamente positivo, por cuanto el hombre no perdió en forma drástica o definitiva la percepción auditiva de la realidad, viéndose forzado por así decirlo a cap-

tar la experiencia a través de una conjunción de la sensibilidad. Esta conjunción sensoria del oído por un lado y de la vista por otro, que se mantendrá durante dos mil años aproximadamente, se verá interrumpida con la aparición de la tecnología de Gutenberg, la cual dirime unilateralmente el estado ambiguo en que se hallaba la sensibilidad humana.

La imprenta de tipos móviles

El primer efecto significativo del invento de Gutenberg, que data del año 1450, consiste en la creación de un mundo nuevo, diferente de aquellos que había conocido la especie humana. Se trata del mundo moderno, al decir del propio McLuhan. Lo que permite hablar de un nuevo mundo en este caso se debe en parte a la acción misma de la tipografía, por cuanto fundió en un solo ambiente los mundos antiguo y medieval (Cfr., *op. cit.*, p. 215), demostrando con ello que no había una diferencia esencial entre ambos. Además, de otra parte, la tipografía llega a consolidar un nuevo mundo a causa de que el ambiente que es producto de ella es, hasta ese momento, el más abarcativo y saturador de todos.

Por último, en lo que respecta a la noción de *mundo moderno*, que McLuhan sitúa históricamente en el siglo xv y que puede resultar enormemente discutible, cabe mencionar que la propia filosofía como la historia se refieren a la época moderna como un período que va desde los siglos xv-xvi hasta el siglo xix, explicitando en él dos instancias claves: el renacimiento y la modernidad propiamente tal. En relación al problema de la modernidad y a su conexión con la imprenta de tipos móviles, importa preguntarse si la vuelta a los orígenes grecolatinos, buscada como meta del renacimiento italiano y alemán, como también por el pensamiento humanista, habría sido factible sin la imprenta y su aliado el libro.

El principio fundamental de la imprenta de tipos móviles es el de repetibilidad. McLuhan se refiere a este fenómeno de la siguiente forma: *Lo impreso es, simplemente,*

una afirmación descriptiva que puede repetirse exacta e indefinidamente al menos mientras dure la superficie impresora (op. cit., p. 201. Cfr., además, *El medio es el masaje*, pp. 49-50). Ello no ocurría con el manuscrito ni con la impresión de tipos fijos anteriores al invento de Gutenberg. En efecto, la canjeabilidad de los tipos, que tornó posible la repetición mecánica de una palabra o frase, hizo posible además la aparición de consecuencias tales como el orden, la exactitud, la secuencia ordenada y un hábil manejo del espacio, fenómenos prácticamente ausentes en la tecnología del manuscrito.

En segundo término, debido a que la tipografía es la primera mecanización estable y automática de la escritura, va a generar una serie de efectos ambientales que dominarán al hombre moderno. El primero de ellos y, posiblemente, el más negativo, dice relación con la fragmentación y especialización de las actividades realizadas por el hombre, lo que se va a traducir progresivamente en nuevas formas de estratificación social, en modelos uniformes y rígidos en la división del trabajo, como en maneras atomizadas, monádicas, de captación y expresión de la ciencia y de los conocimientos en general. Otro efecto de la mecanización propia de la imprenta es que va a determinar en lo sucesivo las mecanizaciones posteriores, constituyéndose de esta forma en el arquetipo indiscutible de ellas (Cfr. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, p. 214). En tercer lugar, la mecanización tipográfica, que en tanto tecnología prolongó la voz y la mente del hombre, pudo establecer el diálogo a escala mundial, lo cual tiene su fundamento en la producción en serie de libros, periódicos y revistas científicas, que primero estuvieron al alcance de los círculos cultos y que con posterioridad ingresaron al consumo de masas, como sucedió durante la Ilustración, por ejemplo.

McLuhan distingue algunas consecuencias materiales de la imprenta y del libro impreso, como es la prolongación de la facultad visual, la intensificación de la perspectiva en el arte y en la arquitectura, y la consolidación definitiva de un punto de vista fijo, dete-

nido (Cfr., op. cit., pp. 216-217), a partir del cual el hombre moderno percibirá y comprenderá su realidad. A estos efectos hay que agregar consecuencias propiamente psicológicas que van a afectar a este hombre-tipo y que encuentran su raíz, básicamente, en la falta de implicación. Tal como se expresara anteriormente respecto de la escritura, con el libro impreso se acentúa la atrofia para reaccionar y ello por cuanto la reacción en-sí misma no posee sentido alguno. El libro, como medio cálido que es, proporciona toda la información que promete, recurriendo a los más variados detalles y precisiones, evitando quizás sin quererlo que se explicita una mínima participación por parte del lector.

Con el objeto de concluir con el análisis de los aspectos más significativos de la imprenta de tipos móviles, desde la perspectiva de McLuhan, se hace necesario aludir a las consecuencias sociales provocadas por dicha tecnología. Dice el autor: *Socialmente la prolongación tipográfica del hombre trajo consigo el nacionalismo, el industrialismo, los mercados en masa y la alfabetización y educación universales* (op. cit., pp. 216-217. Cfr., además, op. cit., p. 43). Si bien no es imprescindible referirse a todas las consecuencias consignadas, importa detenerse en el fenómeno del nacionalismo, destacado como tópico clave por el propio autor, y sobre el cual se han proporcionado las interpretaciones más antojadizas y una serie de connotaciones no menos aberrantes, por decir lo mínimo. La unificación política de las poblaciones en las llamadas *naciones modernas* encuentra su punto de apoyo en los diversos agrupamientos lingüísticos y vernáculos. Sin embargo, para que tales agrupaciones alcanzaran una realización concreta en cuanto tales, fue necesario que la imprenta y el libro convirtieran cada lenguaje en un medio masivo ampliamente difundido, mediante el cual tanto los hombres como los pueblos se sintieron profundamente identificados. El libro escrito en el idioma natal no sólo favoreció la identidad nacional de un grupo humano, sino que la consolidó en forma absoluta. No cabe duda, por lo mismo, que el nacionalismo lingüístico se transformó así en la base

de sustentación común de los nacionalismos político-administrativos que fueron surgiendo con posterioridad.

El mundo moderno, que ha sido la configuración ambiental entregada por las tecnologías de la imprenta y del libro, se enfrenta durante el siglo xx principalmente con las tecnologías eléctricas, con las nuevas prolongaciones del hombre, con un ambiente antitético o contrastante, y con una serie de efectos igualmente divergentes. Se inicia, en consecuencia, una nueva etapa en la civilización humana, marcada a juicio de McLuhan por el retorno al estado tribal primitivo.

La era eléctrica y la televisión

Si bien las técnicas mecánicas se caracterizan por ser parciales y fragmentarias, por dividir la experiencia humana hasta el límite de la atomización, las técnicas eléctricas contienen aspectos substancialmente diferentes y, en casos como el de la televisión, opuestos. Efectivamente, estas últimas son totales e inclusivas, tienden a unificar la experiencia y a generar el compromiso por parte del hombre.

A ello se debe que McLuhan sostenga que *la aspiración de totalidad, empatía y profundidad de conocimiento, propia de nuestro tiempo, es una adición natural de la técnica eléctrica* (op. cit., p. 28). Vale decir, en contraste con la concepción del saber esgrimido por las tecnologías mecánicas, la irrupción de los nuevos medios empuja al hombre hacia un conocimiento global, interdisciplinario por definición. Comprender la realidad desde nuestra celdilla especializada en el presente tiempo, no pasa de ser un absurdo si se toma en cuenta, por ejemplo, el avance del conocimiento humano, la cantidad de información de que se dispone y la velocidad con que ésta se transmite a los más diversos lugares del planeta e, incluso, fuera del mismo con la puesta en marcha de los satélites de comunicación espacial, que poseen los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Las consecuencias de la implosión eléctrica son múltiples y variadas. Por lo mismo, para los fines del análisis nos detendremos solamente en algunas. La primera de ellas

dice relación con el cambio radical que se verifica en la base de la ciencia y de la cultura, motivado especialmente por las tecnologías que se ocupan de procesos tales como la acumulación y despacho veloz de informaciones (Cfr., op. cit., p. 200), lo cual ha provocado la comprensión del mundo, según la expresión del propio McLuhan.

En segundo lugar, importa señalar que las tecnologías eléctricas, en tanto prolongaciones de nuestro sistema nervioso central, han sobrepasado con mucho las limitantes tradicionales del espacio y del tiempo. Si la distancia no es un problema para los satélites de información ni para los medios de comunicación de masas, desde la perspectiva temporal el hombre contemporáneo se aproxima a experimentar la simultaneidad, abandonando la clásica sucesión mecánica. Con las informaciones *vía satélite*, por ejemplo, el hombre recibe una multitud de noticias, desde diferentes partes del globo, sin moverse de su casa, pudiendo recibirlas además en el momento preciso en que éstas se producen.

En tercer término, las tecnologías eléctricas han unificado el pensamiento y el sentimiento humanos (Cfr., op. cit., pp. 217-218), escindidos anteriormente por las técnicas letradas o tipográficas. Así, las distinciones taxativas entre lo racional y lo emotivo, entre la razón y el corazón pierden ostensiblemente su claridad en beneficio de la integración del ser del hombre. Esta situación, intuida tempranamente por Pascal en el siglo xvii, mediante su expresión *las razones del corazón*, estatuyó cuán errónea era la mencionada escisión al interior del hombre.

Si los intelectuales lineales que aún quedan no comprenden la realidad configurada por las comunicaciones eléctricas y, por lo mismo, las critican asiduamente con su viejo material analítico, es porque se mueven en sendas de confusión teórica e intentan entender y solucionar los problemas del presente con las fórmulas clásicas del pasado. A este fenómeno, muy decidor en nuestro tiempo, señala McLuhan con su imagen del espejo retrovisor.

A continuación vale la pena explicitar la naturaleza o esencia de la era eléctrica en el

contexto del pensamiento macluhiano. A juicio del autor el término *comunicación* ha tenido un significado multívoco en la historia de la cultura occidental. En primer término, con él se ha querido significar el transporte de algo y/o de alguien desde un sitio a otro, para lo cual el hombre se sirvió de caminos y puentes, de rutas marítimas y fluviales. En la era eléctrica, la comunicación ha de entenderse como *movimiento de información*, el cual puede llevarse a cabo gracias a la electricidad (Cfr., *op. cit.*, pp. 121-122). En este sentido y, primordialmente, en los países desarrollados se transporta cada vez menos con un objetivo traslacional básico, pero se conduce progresivamente una mayor cantidad de información, en la forma más acelerada posible, con vistas a relacionar a la totalidad del género humano.

Cuando McLuhan se aboca al análisis de la televisión y de los efectos que ha desencadenado, establece que no corresponde presentar un estudio sistemático o lineal de la influencia que ha tenido sobre el hombre y sobre la sociedad en su conjunto, por cuanto lo sistémico como tal no es útil para dar cuenta de los medios eléctricos. Si bien este parece ser un recurso retórico, que permitiría suponer que el autor está evitando una respuesta detallada acerca de la televisión, resulta coherente con el método macluhiano para tratar los más diversos asuntos. En efecto, él se considera un explorador de las comunicaciones, no así un científico que entregue explicaciones sobre el fenómeno.

Por de pronto interesa decir que la tecnología de la televisión es una prolongación del sistema nervioso central del hombre y que, como todo medio, ha expuesto un ambiente propio. Las consecuencias de la televisión han afectado la totalidad de la vida humana, en términos personales, sociales, psicológicos y políticos. Por último, la forma en que debe presentarse la televisión es como *una compleja gestalt de datos reunidos casi al azar* (*op. cit.*, p. 387. Cfr., además, *op. cit.*, p. 382).

Refiriéndose a la imagen de la televisión, McLuhan determina las siguientes características fundamentales: en primer lugar, la imagen de la televisión es pobre en datos, lo

cual la define como un medio frío; en segundo término, no constituye una toma fija de vistas como ocurre con el cine por ejemplo; tercero, no es fotografía en ningún sentido sino un contorno de cosas que están formándose incesantemente; cuarto, ofrece al espectador un total de tres millones de puntos por segundo, de los cuales él acepta unas pocas decenas a cada instante y que son suficientes además para estar en condiciones de configurar una imagen; por último, la televisión es en tanto imagen un mosaico plano bidimensional.

De esta extensa enumeración conviene subrayar el papel activo que juega el espectador de televisión en la conformación de la imagen, asunto que ha llevado a McLuhan a sostener reiteradamente que la televisión es implicante por sí sola. Cuando se presencia la imagen televisiva el espectador selecciona inconscientemente (Cfr., *op. cit.*, pp. 382-383) un número significativo de puntos, logrando reconstruir de esa manera la imagen. Nunca el espectador de la televisión tiene conciencia de estar frente a 525 ó 625 líneas —según el sistema de televisión de que se trate—, como tampoco tiene claridad respecto de los tres millones de puntos que emite la televisión por segundo.

La participación e implicación en profundidad que la televisión exige del hombre que la contempla, ha llevado a afirmar al autor que *con la televisión, el espectador es la pantalla* (*op. cit.*, p. 382), expresión que grafica la relación que se establece entre la televisión y el sujeto. En todo caso, y a manera de salvedad, esta relación es inversa respecto de la conexión que se verifica con el cine, donde la pantalla que exhibe instantáneas puestas en movimiento secuencial y ordenado no logran envolver al espectador. Sin embargo, si nos servimos del paradigma del cine para clarificar la implicación humana en el caso del medio televisivo, hay que decir que el espectador de la televisión cumple la función de pantalla, en tanto la pantalla televisiva cumple la función de la máquina de proyección cinematográfica. Este fenómeno se produce, en lo básico, a causa de que aquello que presencia *realmente* el espectador de la televisión

es lo que él mismo configura en forma totalmente inconsciente. O en palabras de McLuhan: *La televisión proyecta las imágenes sobre usted. Usted es la pantalla. Las imágenes lo envuelven. Usted es el punto de visión (El medio es el masaje, p. 125).*

Por último, en lo que respecta a la noción de *mosaico*, la cual está fuertemente vinculada a la imagen televisiva, debe comprenderse como un objeto discontinuo, sesgado y no-lineal, carente de estructura visual y cuyo movimiento es incoherente a los ojos del pensamiento uniforme (Cfr., *la comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, p. 408). En esta perspectiva, la imagen del mosaico o del collage en el arte contemporáneo funciona arquetípicamente para dar cuenta de lo que es la imagen de la televisión. En ambos casos, es el principio del azar y no el de la causalidad quien termina por constituir substancialmente nuestras percepciones respecto de los medios eléctricos.

NIVELES DE ANALISIS DEL MENSAJE

Un primer entendido del *mensaje* es aquel que lo identifica con el contenido manifiesto que se da en el proceso de la comunicación, sea hablado, escrito o expuesto como imagen. Dicho mensaje es emitido por una fuente, con una intención manifiesta o no, y llega al receptor a través de medios de comunicación específicos, provocando efectos manifiestos o latentes en el receptor del mismo. Además, el mensaje como tal se comunica bajo circunstancias determinadas o en una *situación comunicativa concreta*, en el lenguaje del filósofo chileno Félix Martínez Bonati. Por otra parte, en los procesos de comunicación se puede explicitar con posterioridad a las etapas precedentes ya consignadas un proceso de retroalimentación, el que sigue una dirección contraria a la anterior, esto es, que va desde el receptor hacia la fuente, siempre y cuando ello sea factible.

Si se tiene a la vista el presente modelo comunicacional que establece que el mensaje

es el *contenido* de la comunicación o aquello que se dice, no cabe la menor duda que dos mensajes contrarios pueden surtir efectos divergentes en los receptores y que, por lo tanto, no es lo mismo emitir un contenido tipo A que uno tipo B. Sin embargo, y por lo que respecta a nuestro tema, no es éste el nivel analítico en que se sitúa McLuhan cuando sostiene la sentencia *el medio es el mensaje*. Tampoco rechaza, como lo han pretendido algunos estudiosos de las comunicaciones —entre ellos, Umberto Eco— al mensaje entendido como contenido de la comunicación, sino por el contrario tiene plena conciencia que tal nivel de análisis no sólo es factible, sino que además está en condiciones de arrojar luces para la comprensión de las comunicaciones de masas. Suponer que McLuhan pensó que el *único* mensaje es el medio, que no existe otra forma de mensaje fuera de la que él establece, es desde ya un absurdo, que no se sostiene en el trabajo realizado por el autor, sino a lo sumo en la crónica periodística y en la literatura de segunda mano respecto de las comunicaciones.

Por lo tanto, si los estudiosos de las comunicaciones en general se han preocupado tanto de los medios como de los mensajes, ello no invalida a nuestro entender el planteamiento de McLuhan, que se detiene en la consideración preferencial de los medios, no profundizando en la noción de *mensaje* como contenido de la comunicación. En consecuencia, se trata entonces de diversos niveles de análisis —los convencionales y el *maculuhiano*—, los cuales en ningún momento abandonan la posibilidad de una complementación teórica.

Una concepción distinta de las comunicaciones y de las tecnologías es la ofrecida por McLuhan en sus múltiples obras. Para el autor, el *contenido* de un medio es siempre otro medio (Cfr., *op. cit.*, p. 30). Así, por ejemplo, el contenido de la escritura es el habla; por su parte, la escritura constituye el contenido de lo impreso; la impresión tipográfica es el contenido del telégrafo, tal como el cine es el contenido de la televisión. Es decir, la materia prima de un nuevo medio es un medio que lo antecede histórica y tecnológicamente.

te. De esta forma percibe McLuhan el *contenido* desde el dominio de los medios o tecnologías.

Otro tanto sucede si se toman en cuenta los ambientes. En un texto bastante clarificador, el autor expresa: *En términos de la era electrónica, la frase el medio es el mensaje significa que se ha creado un ambiente totalmente nuevo. El contenido de este nuevo ambiente es el viejo ambiente mecanizado de la era industrial* (op. cit., p. 14). Si bien podemos concordar en que el *contenido* del ambiente eléctrico es precisamente el ambiente tipográfico, por cuanto ni las tecnologías ni sus ambientes proceden de la nada, interesa destacar la precisión macluhiana respecto a la sentencia en cuestión. Cuando se sostiene que *el medio es el mensaje* se está significando que el mensaje no es otra cosa —en este nivel de análisis concreto— que el *ambiente* que un medio o tecnología ha creado a partir de su instalación como tal. De esta forma, el mensaje de la imprenta o de la televisión consiste en el ambiente peculiar que cada uno de ellos ha fomentado separada e imperceptiblemente como medios.

Esta interpretación se refuerza con otro párrafo del texto de McLuhan donde, después de sostener que a veces nos molesta que se nos recuerde que *el medio es el mensaje* —en el plano de los hechos *operantes y prácticos*—, afirma que tal idea pretende comunicar que los ambientes de cualquier medio resultan de la nueva escala que se introduce en nuestros asuntos, ya sea por causa de las prolongaciones del hombre o por causa directa de las tecnologías mismas (Cfr., op. cit., p. 29). ○

BIBLIOGRAFIA

a) Básica

McLUHAN, MARSHALL, *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, Editorial Diana, México, 1972.

McLUHAN, M. y FIORE, Q., *El medio es el mensaje*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1975.

ESTUDIOS PUBLICOS

Nº 20 PRIMAVERA 1985

Michael Novak

Pensamiento Católico e Instituciones Liberales

Gabriel Zanotti

Persona Humana y Libertad

Mario Zañartu

Sistemas Económicos y Doctrina Social de la Iglesia

Sebastián Piñera, Fernando Moreno y otros

Doctrina Social de la Iglesia y Sistemas Económicos

Jorge Peña Vial

Economía, Positivismo y Moral

Teodoro Ribera

Alcances y Finalidad del Art. 8 de la Constitución de 1980

Andrés Benavente

Partido Comunista y Sindicalismo Politizado

Luis Riveros

Desempleo, Distribución del Ingreso y Política Social

Susana Münnich

Nietzsche, Latinoamérica y la Afirmación de lo Propio

Documento

Joaquín Barceló

Selección de Escritos de Alexis de Tocqueville

En venta en Librerías Altamira, Andrés Bello y Universitaria.

Suscripción

Un año	\$ 700	(IVA incluido)
Estudiantes	\$ 450	(IVA incluido)
Dos años	\$ 1.200	(IVA incluido)

Centro de Estudios Públicos,
Monseñor Sótero Sanz 175, Santiago, Chile, teléfonos 2315324 y 2315325